

Elmore Leonard

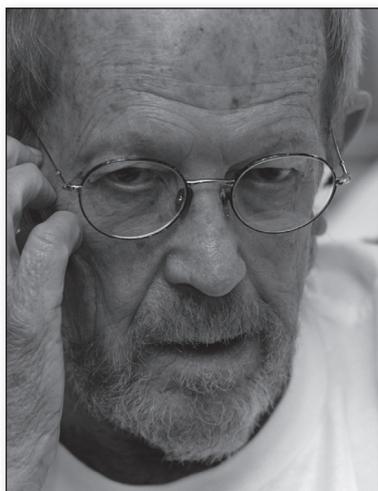
El día de Hitler

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Walter Schoen, un carnicero de Detroit de ascendencia alemana, es un ferviente admirador de Hitler y del Tercer Reich. Cree que está llamado a cumplir una importante misión en este mundo dada su extraña peculiaridad: su enorme parecido físico con el jerarca nazi Heinrich Himmler, Reichsführer de las SS. Incluso nacieron el mismo día del mismo año y en el mismo hospital de la misma ciudad, Múnich. Walter Schoen, además, pertenece a una red de espías que dirige la misteriosa y aristocrática Vera Mezwa, una matahari nazi ucraniana, y su amante, su intrigante mayordomo Bohdan. Se dedican a enviar informes a Alemania sobre la industria armamentística norteamericana y dar cobijo a los soldados alemanes fugados de los campos de prisioneros en Estados Unidos. Personalmente, Walter Schoen es un hombre dogmático, poco flexible y sin ningún sentido del humor, lo que le ha deparado el abandono de su esposa, Honey Deal, una mujer inteligente y alegre, con ganas de disfrutar de la vida.

El agente Carl Webster anda tras la pista de dos oficiales alemanes del Afrika Korps que han escapado de un campo de prisioneros de Oklahoma. Sospecha que han encontrado refugio en el entorno de Walter Schoen, por lo que acude a Honey Deal para obtener información sobre su ex marido y llegar hasta él. Webster, recién casado, mientras se resiste a la tentación de caer en las rubias redes de la más que atractiva Honey Deal, se verá envuelto en una peligrosa trama, sobre todo cuando descubre cuál es la importante misión que cree tener Walter Schoen en este mundo.

Elmore Leonard recurre de nuevo a su *implacable* personaje Carl Webster para introducirnos en el sórdido submundo de los colectivos nazis alemanes en el Estados Unidos de la Segunda Guerra Mundial. *El día de Hitler* es una novela trepidante, de diálogos contundentes y reveladores, precisos y certeros, cargados de matices e insinuaciones. No defraudará a sus fieles lectores ni dejará indiferentes a quienes se acerquen por primera vez al peculiar universo, descarnado, divertido y repleto de sorpresas, de este maestro norteamericano de la novela negra.



Elmore Leonard

ELMORE LEONARD es un clásico contemporáneo de la novela negra norteamericana. Nacido en Nueva Orleans, en 1925, estudió Literatura en la Universidad de Detroit después de haber servido en las fuerzas navales durante la Segunda Guerra Mundial. Durante años trabajó en publicidad, mundo que dejó a finales de los años sesenta para dedicarse por entero a la creación literaria. Su obra supera la cuarentena de novelas, muchas de las cuales han sido llevadas al cine con éxito por directores como Tarantino o los hermanos Coen. Entre los numerosos galardones cosechados en su prolífica carrera literaria cabe destacar el premio Cartier Diamond Dagger 2006, otorgado por la Asociación de Escritores de Novela Negra en reconocimiento a toda su obra. También ha sido nombrado Gran Maestro por la Asociación Norteamericana de Escritores de Misterio. Además de *El día de Hitler*, se han publicado en Alianza Literaria las novelas de Elmore Leonard *Un tipo implacable*, *Persecución mortal* y *Mister Paradise*.

Uno

Honey telefoneó a su cuñada, Muriel, que seguía viviendo en Harlan County, en Kentucky, para contarle que había dejado a Walter Schoen —ella lo llamaba Valter— y estaba a punto de volver a ser Honey Deal.

—Sinceramente creí que podría cambiarlo, pero sigue empeñado en ser un nazi. No he sido capaz —se explicó Honey.

—¿Y te largaste, sin más? —preguntó Muriel.

—Me largué. Soy libre como un pájaro. ¿Y sabes otra cosa? Ya no tengo que retocarme las raíces cada dos semanas. He pasado un año entero, tonta de mí, haciéndole creer que soy rubia natural.

—¿Y no se ha dado cuenta por otros detalles?

—Cuando Walter quería tema, siempre apagaba la luz antes de quitarse el pijama. Le da vergüenza ser tan flaco, porque se le marcan las costillas, y lo hacíamos siempre a oscuras. Dice que la comida de aquí sólo le da gases. Tuve que aprender a cocinar comida alemana, cenas muy pesadas: *sauerbraten* con lombarda y sal-

chichas *bratwurst*. He tenido que controlar el peso por primera vez en mi vida. Walter no cogía ni un gramo. Seguía lleno de gas, sólo que ya no le importaba porque era gas alemán. Soltaba uno y me apuntaba con el dedo como si fuese una pistola. Y yo tenía que fingir que me había matado.

—¿Y te caías?

—Sólo si estaba cerca del sofá. O me tambaleaba y me agarraba a lo que tuviese a mano. La primera vez lo hice porque quise, por hacer el ganso. Pero después, cada vez que soltaba uno y yo lo oía, tenía que fingir que me había pegado un tiro.

—Tú y tu maridito lo pasabais bien.

—Pero Walter nunca sonreía ni se reía. Lo veía apuntarme... —dejó pasar un momento en silencio—. ¿Cómo está mi hermano? ¿Tiene trabajo?

—Darcy ha vuelto a la cárcel. Se metió en una pelea que jura que no empezó él. Le rompieron la mandíbula superior y violó la condicional. Ahora tiene que cumplir la sentencia que le había caído por destilación de alcohol ilegal además de ésta por agresión. Trabaja en la cocina de la prisión, de carnicero, y gana cinco centavos a la hora, mientras yo intento vivir de las propinas. —Puso voz lastimera y añadió—: ¿Y qué hago? Incitar a los chicos para que pidan otra ronda. Esos tíos con los poros llenos de hollín me dicen: «¿Por qué no nos enseñas esas cosas tan ricas que tienes?». Yo pongo los ojos en blanco y actúo un poco. Con eso consigo un pavo y medio. Pero, bueno, quiero saber cómo estás

tú. ¿Walter te pegó y eso te hizo abrir los ojos? No has estado ni un año casada con él.

—El día que me largué se cumplía justo un año —dijo Honey—; el nueve de noviembre. Le llevé una bandeja con Limburger y galletas saladas; no come queso americano. Estaba sentado, escuchando la radio con el volumen muy alto. Le dije: «¿Sabes por casualidad qué día es hoy?». Estaba muy atento a las noticias. El ejército alemán había entrado en Polonia como Pedro por su casa. Francia será la siguiente e Inglaterra ya se está preparando. Le pregunté otra vez: «Walter, ¿por casualidad sabes qué aniversario cae en nueve de noviembre?». Y fue como si encendiera un fusible. Me gritó: «*Blutzeuge*, el día de la sangre nazi, idiota». Se refería al día en que Hitler intentó tomar el poder en 1923, fracasó y terminó en prisión. Pero ese día, el nueve de noviembre, se convirtió después en una fiesta nazi. Por eso lo eligió él para nuestra boda. «El día de la sangre.» Sólo que Walter lo llamó «la noche de la sangre» cuando nos acostamos por primera vez. Le hice creer que seguía siendo virgen a los veinticinco. Se puso encima de mí y fue como un bombardero; tardó menos de un minuto de principio a fin. No se le ocurrió preguntar si yo estaba bien, ni comprobó la sábana; él había terminado. El caso es que yo estaba al lado de la radio, con la bandeja del queso y las galletas, y le dije a Walter: «Qué tonta, yo creía que recordabas el nueve de noviembre como nuestro aniversario de boda». No se molestó siquiera en levantar la vista; me

hizo un gesto con la mano indicando que me largara y dejase de molestarle. Lo interpreté como que me daba pie y me largué.

—¿Y no le estampaste la bandeja en la cabeza?

—Lo pensé, pero subí al piso de arriba y cogí mil doscientos dólares, la mitad del dinero que él guardaba en el armario del dormitorio. Creía que yo no lo sabía.

—¿Y te está buscando?

—¿Por qué? ¿Porque me echa de menos? ¿Por lo bien que lo pasamos juntos?

Le explicó a Muriel que ahora que ya no tenía que ocuparse de la casa del Kaiser, había alquilado un apartamento en Highland Park y había vuelto a J. L. Hudson's; «trabajaba con tetas», ayudaba a probarse sostenes a extranjeras gordas que venían a trabajar en el país.

—Con algunas tienes que contener la respiración, porque les canta el ala que no veas. —Le dijo a Muriel que se fuera con ella a Detroit y buscara un trabajo de verdad mientras Darcy cumplía condena. Y luego le preguntó por su madre—: ¿Qué tal le va en la residencia?

—Para mí que no sabe dónde está —respondió Muriel—. Entro, le doy un beso y me mira como si no me conociese. Da mucha pena, porque no es tan mayor.